

una especie de contestacion, en la que la severidad del coadjutor hubiera tal vez podido prevalecer sobre la dulzura del obispo, si el Señor no hubiera intervenido y declarándose en favor de este último por medio de un brillante prodigio. Permi-  
fidme que os le refiera en dos palabras. Un dia que acababa de ser conducido á la prision un criminal á quien los remordimientos y el furor causaran una enajenacion mental, y cuyos trasportes eran tan violentos que nadie se atrevia á acercarse á él, el santo conducido por la caridad y fortalecido con un aviso interior del cielo, entra sin temor, manda abrir, á pesar de las representaciones de los que le rodeaban, la barrera que le separa de aquel desdichado, le toca, le sana, y le envía libre y virtuoso.

Es pues cierto, Señor, que vos amais la dulzura y la misericordia porque vos mismo sois dulce y misericordioso. Por medio de esta virtud os agradó vuestro siervo David, y se hizo un rey segun vuestro corazon. Su pueblo lo sabia, y cuando queria obtener de vuestra bondad los mas preciosos favores, no juzgaba poder alegar un título mas poderoso que la dulzura de aquel buen rey, y por esto decia: Acordaos Señor de David y de su gran mansedumbre: *Memento Domine David et omnis mansuetudinis ejus* (1).

Ved ahí, oh Dios y Señor nuestro, la plegaria que hoy os dirige este pueblo congregado á admirar las heróicas virtudes del ínclito Francisco de Sáles. Acordaos de la dulzura y mansedumbre de ese vuestro siervo que forma nuestra gloria, y en su virtud derramad sobre este país que lo fuera suyo, el torrente de vuestra gracias. Consoladnos en nuestras desgracias, concedednos una paz que cicatrice las hondas heridas que en nuestros corazones abriera el genio del error, afirmad entre nosotros el edificio de la religion que vuelve á levantarse sobre sus antiguas bases. Devolvednos la fe, la piedad y todas las virtudes de nuestros padres; para que siendo como ellos fieles á vuestros divinos preceptos, merezcamos un dia recibir la eterna recompensa que nos teneis reservada en el seno de la inmortalidad.

(1) *Psalm.* 131. v. 1.

## SERMON

### DE SAN FRANCISCO DE SÁLES.

(DE BORDOY.)

*Ordinavit in me charitatem.*

Ordenó en mi la caridad.

*Cánt. 2. v. 4.*

Quando voy á formaros el elogio del grande obispo de Ginebra Francisco de Sáles, aturdido al ver en un solo hombre tantas maravillas, virtudes tan heróicas, obras tan raras y efectos tan admirables, no puedo ménos de preguntar admirado con los judíos enviados al Precursor, y atónitos de ver un hombre salir de la oscuridad y del desierto para predicar con tanta energia en todos los pueblos, ¿quién eres tú? Decidnos vos mismo, ó gran Francisco, ¿quién sois vos? Quién sois, que así de golpe entraís á la santidad por la parte mas alta y heróica? quién sois, que así os presentais solo á un infinito gentío de herejes que solo conoce en vos títulos para aborreceros? y los convertís á todos; ¿quién sois, tan poderoso en obras y palabras? Sois acaso Elías? pues vuestro celo nos acuerda otra vez á este hombre bajado del cielo, pero no mas que para matar idólatras: vuestro celo no viene sino para convertir obstinados. ¿Sois acaso profeta deparado para unos tiempos calamitosos, para ser la admiracion y el oráculo del universo? decidnos vos mismo quién sois para poder responder á mi auditorio.

Á esta admiracion mia, señores, no he sabido encontrar otra salida y otra respuesta, que la que dió la esposa de los Cantares para dar idea de tantas maravillas y gracias como se hallaban en ella reunidas: *Ordinavit in me charitatem*. Yo soy, parece que dice Francisco, aquel hombre en cuyo corazon la misericordia

del gran Dios ha depositado con particularidad su amor y caridad, ordenándola de tal modo que produjese con la mas admirable armonía todos sus efectos: *Ordinavit in me charitatem*. Así la caridad de Francisco y sus efectos, principalmente el celo que es el primero de ellos, os darán el elogio del gran Francisco, dejando para otra pluma mas delicada la pintura de aquella suavidad y mansedumbre que tanto le distinguió en el cielo de los santos; pero que requiere mano mas diestra que la mia y un corazon mas penetrado de esta flor de la caridad.

Señor, ya veis cuánto necesito de vuestros poderosos auxilios para cumplir lo que he prometido á este auditorio. Asistidme con vuestra gracia en atencion á los méritos de Francisco y por la intercesion de vuestra immaculada Madre. *Ave María*.

La caridad, la mayor y la reina de todas las demas virtudes, es aquella con que el hombre ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo por amor de Dios. Es decir, que la caridad es aquel fuego sagrado con que el hombre se abrasa al conocer las infinitas perfecciones de Dios y su amabilidad suma: entónces el hombre desprecia todo lo criado, todo lo mira con asco, exclama luego con el real Profeta: mi único bien es el estar me asido á mi Dios; ó con un san Francisco de Asís repite continuamente el nombre del que conoce tan amable y ama tanto, que dice siempre, mi Dios y mi todo. No sabe el que está poseído de este fuego, no sabe pensar en la bondad y grandeza de este Dios, sin que se derrita en alegría, en complacencia y en aprecio de tales excelencias que encuentra en su amado, y llega á decirle con san Agustin; tan amable, tan excelente y digno de aprecio me pareceis, ó Dios mio, que si yo fuera Dios, dejara de serlo para que vos lo fuerais. Finalmente tal es la caridad, que como el fuego hace maravillosas trasformaciones, en tal manera, que el que está bien poseído de ella puede decir con san Pablo: yo vivo no ya con mi vida, sino con la de Jesucristo que vive en mí. Siendo tan clara y cierta esta idea de la caridad, ya nadie podrá dudar del grande acierto con que dijo un padre de la iglesia, que la caridad en cualquiera parte obraba grandes cosas, y que no era caridad si no las hacia. Porque si tal es el ardor que enciende en el corazon humano

la amabilidad de Dios y sus infinitas perfecciones; si llega el corazon poseído de la caridad á no vivir sino de su Dios; ¿cómo podrá sufrir ni aguantar las injurias y deshonras que se hagan á su amado? En viéndolas exclamará con David: El celo de vuestra casa, Señor, me consume, y he tomado por míos los oprobios que se han hecho contra vos: *Zelus domus tuæ comedit me, et opprobria exprobandium tibi ceciderunt super me*. Este celo vivo, activo y abrasado con que se atiende en todo á la mayor gloria de Dios, y con que se sienten vivísimamente las menores deshonras que á su bondad se hagan, es uno de los mayores efectos de la caridad, y uno de los indicios mas claros y ciertos de que arde en el corazon la sagrada llama del amor. Mas si este celo es legítimo no es amargo, no es áspero. No, el que ama á Dios de veras no puede dejar de amar tiernamente á sus hijos, de complacerse de sus bienes, de sentir y compadecerse de sus males; y así no podrá el celo que venga de tal amor dejar de tener aquellas dos condiciones que solo Dios sabe juntar, la fortaleza y la suavidad.

Sí, en todos los santos ardió la llama de la caridad, y la acompañaron no solo el celo de que os he hablado, mas tambien todos los demas efectos que ella produce; pero no quiso el Señor fuesen en todos igualmente admirables estos efectos; y atendiendo á nuestra debilidad, le repartió para nuestra instruccion. Mas en ninguno se dejó ver este celo activo, suave, constante, eficaz: en ninguno esta caridad ordenada por medio de la mansedumbre á la gloria de Dios y á la felicidad de sus criaturas, como en Francisco de Sáles. *Ordinavit in me charitatem*. Produciendo esta caridad en el corazon de Francisco lo que obraba en san Pablo, haciéndole un todo para todos, sin que hubiese nacion, reino, provincia, pueblo, gentes escondidas á su abrasado y vigilante celo: y si resaltó el de Pablo predicando en unos tiempos calamitosos, no lo serán ménos los de la carrera de toda la vida de Francisco.

Porque si miramos los de su nacimiento, ¿quién habrá que no lllore amargamente lo abatido, lo afligido que se veía entónces el cristianismo, sin poder apenas respirar en ninguna parte? ¿Á quién no se conmueve el corazon viendo oscurecido el resplandor antiguo de la iglesia? Pues por todas partes, señores, se veía cercada del lobo infernal de la herejía, hijos á quienes

amaba tiernamente, que la despreciaban y se apartaban de su dulce gremio, para entregarse á la brutal satisfaccion de sus apetitos; y los que le quedaban mas la afligian y hacian llorar, que la aliviaban y consolaban. Se corria sin freno y como un caballo desbocado por los caminos anchos del vicio, no quedando clase alguna de las que tenia en su seno, que no estuviese manchada con el torrente de la impiedad y de la corrupcion. Hasta en el mismo santuario habia tomado asiento la ignorancia, la licencia, la impunidad, causando aquellos males que es capaz de fingir y concebir la imaginacion corrompida y desenfrenada, y que nos dejaron estampados en sus escritos los que fueron testigos de esta deplorable tragedia. La Francia con sus provincias vecinas estaban en el estado mas deplorable. Por cualquiera parte que uno extendiese los ojos no se le presentaban otros objetos que sublevaciones, disensiones, incendios, guerras, sacrilegios, añadiendo á estos el mas nefando de todos, pues los sacerdotes mismos al tiempo que estaban ofreciendo al eterno Padre en incruento sacrificio á su unigénito Hijo, eran arrancados violentamente del altar, de donde eran conducidos á los calabozos en que hacian destrozo de las mansas ovejas de Jesucristo. Los templos profanados, el culto del verdadero Dios olvidado, y todo trastornado á punto que verdaderamente se podia dudar si habitaban en aquellas regiones hombres fieles y dotados de juicio, ó si sus habitantes eran salvajes é indómitos. Este, señores, era el estado del siglo XVI, en que Dios, acordándose de sus misericordias, envía al mundo á Francisco de Sáles, como instrumento que habia de reparar la gloria de Dios, y tanto cuanto la habia oscurecido la impiedad y herejía.

Nace Francisco, y apénas nace cuando se divisa en su tierno corazon el amor sagrado que ya en aquella primera edad ardia, y que en algun tiempo habia de desplegarse y darse á conocer hasta dejar encendidos en las brasas de este fuego vivo y penetrante á todos los que por su fortuna tuviesen la dicha de experimentar su celo y caridad. Hablará Francisco; pero hablará palabras dulces, suaves y amorosas: entre los suspiros y sollozos de la naturaleza se le oirian las primeras palabras de que *Dios y mi madre me aman*. Dando á entender con esto, que al paso que no se conocia á sí mismo, conocia que Dios le amaba:

y que ya desde las fajas supo el secreto de hacerse santo, porque es imposible que no amemos á Dios conociendo lo mucho que él nos ama.

Persuadido de esta verdad, Francisco no deja piedra sin mover para formar este edificio de la perfeccion. Paris será el teatro donde, dejándose ver Francisco, se verá juntamente la inocencia, la modestia, la pureza, y un dechado de las virtudes angélicas, que formarán de él un verdadero retrato de los ángeles del cielo. Pero eso es poco; formarán sí un verdadero serafin que, abrasado con el amor de su amado, suspirará para unirse mas y mas, y ya no vivirá sino con la vida de Jesucristo. *Ordinavit in me charitatem*. Paris verá que en medio de las disoluciones de la corte sabe hacerse Francisco un retiro, donde no lleguen sus aires inficionados y corrompidos: y que el que se pone bajo la custodia del Señor, le defenderá de sus enemigos para que no le dañen. Y el colegio de la Compañía donde es enviado Francisco para instruirse en las ciencias, le admirará como un modelo de la virtud y como un espejo de perfeccion en que se pueden mirar los mas ancianos y perfectos.

Porque ¿qué otra cosa nos dicen los primeros pasos que da en esta tierra santa, en esta casa de virtud, en este paraíso de la tierra? Busca Francisco primeramente un director que le guie por el camino de la salud, pues una nave sin piloto infaliblemente se irá á pique: y así como la nave es conducida y dirigida por el piloto, aun entre las encrespadas olas del mar, y toda la confianza de su direccion se pone en él; así Francisco descansará en los brazos de su director, escuchará atentamente sus consejos, le oirá como el ángel del Señor, y practicará todo lo que el celo de este director le dicte. *Qui vos audit me audit*: el que á vosotros escucha á mí me escucha. Bajo su direccion formará un método de vida que mas parecia de religioso que de seglar, mas de uno que ha dejado el mundo, que del que habia nacido en la nobilísima casa de los condes de Sáles: método que señalará el tiempo para la oracion, en que nuestro Señor empezaba ya á inflamar aquella grande alma; fijará para cada dia el exámen de la conciencia, sin olvidarse del pasto cotidiano que es la lectura devota, determinando para esto el libro del Combate espiritual, de donde sacaba los grandes adelantamientos que hacia en el camino de la virtud. Su

tierna carne es afligida por el cilicio de tres veces á la semana, sin dejar de disciplinarla con rigor otras muchas. De que nacia el asco á la vanidad del mundo, y el tener ya su conversacion en las cosas del cielo. La presencia del duque de Soyosa, ahora humilde capuchino, á quien visita frecuentemente Francisco, le inspira un desprecio de las honras del siglo, que comprende fácilmente que los que las buscan solo buscan humo y vanidad. Por eso aspira continuamente á su amado, recibiéndole sacramentado cada ocho dias, y deseando estar para siempre con tan amable compañía. Y con tal Señor ¿dejarían de ser afables sus modales? Y bajo la proteccion de tal Señor ¿pueden ser ménos sus adelantamientos en la carrera de los estudios? Ved con qué facilidad se impone en la filosofia y teologia; con qué prontitud se hace capaz de las lenguas hebrea y griega; ved cómo vuela por las regiones de las letras, acompañado de un espíritu vehemente, un ánimo sólido, un ingenio agudo y elegante. Ved... pero ¿qué es lo que digo? Ved como esos pasos son de tortuga, comparados con los que da de águila en el camino de la virtud. Y así remontando su vuelo hasta lo mas alto de la perfeccion, ofrece á Dios su cuerpo y su espíritu con voto de perpetua castidad, sellándole en la presencia de la inmaculada Señora, bajo cuyo patrocinio navega Francisco el mar borrascoso del mundo.

Pero ¿qué es lo que yo hago? Quereros explicar las infinitas circunstancias que forman de la juventud de Francisco un tejido de todas las virtudes, tanto mayores, quanto mas constantemente ejercitadas en cosas menudas y ocasiones continuas. No pueden caber tantas cosas en una oracion; y la misma multitud impediria la sensacion que deben hacer sus virtudes en vuestro ánimo. Pues permitid que dejando esta multitud de acciones, pase á haceros ver aquellas en que manifestó todo el fondo de su caridad.

Vedle perseguido del pensamiento que de continuo le presenta el demonio de que es reprobado del Señor por mas buenas obras que haga: vedle que ya no encuentra sensiblemente á este padre amoroso que ántes le enseñaba su caridad; mas ahora solo le representa la imaginacion á este Dios como á un Dios antojadizo y caprichoso, que destina á las criaturas á eternos castigos; un Dios cruel que se deleita en la perdicion de los hombres; un Dios fingido y engañador que convida á los

racionales con palabras suaves á la adquisicion de la gloria, y se burla de ellos haciéndoles imposibles sus mandatos y entregándoles á la inevitable fuerza del destino. Causa esto en Francisco la tristeza, la palidez, haciéndole un verdadero esqueleto, que no encontraba sosiego en ninguna parte, manifestándose los dolores de su corazon por los agudísimos que sufre su cuerpo, que no le permiten ni gustar la comida ni probar el sueño. Durará este combate terrible por un mes entero, en que se hallará sin luz sensible, sin guia, sin medio alguno para sacudir esta imaginacion fortificada con todos los argumentos con que rindió Satanas á los gentiles y á otros muchos. Qué hace? ¿le deja acaso vencer? ¿duda acaso de la bondad de su Dios? ¿juzga por ventura ménos amable á este Dios, que no puede imaginar benigno para sí? Ántes al contrario, entónces como en el lance mas apretado hace su caridad un esfuerzo, que tal vez no encuentra igual en toda la historia de los santos: decide que aunque fuese verdad, como se lo decia la imaginacion, que él fuese aborrecido del Señor, seria este con todo el objeto mas digno de su amor; y que no pudiendo tener la felicidad de amarle en la gloria eternamente, no le podia quedar otra cosa sino la de amarle en este mundo. Ea bien, dice, levantando su corazon al Señor, ea bien, Dios justo, Dios bueno, Dios amable, ea bien, si yo soy tan desgraciado que no he de poder contemplar vuestra infinita hermosura en toda la eternidad, al ménos yo os alabaré y os adoraré miéntras me dure esta vida; y quanto yo temo no poder amar siempre á un Dios tan digno de ser amado, tanto mas doblaré mis cuidados para amarle aquí mas y mas. ¡Abrios, cielos; bajad, ángeles santos, á presenciar el espectáculo mas digno de vuestra presencia: ved si habeis encontrado jamas caridad igual á esta! Y vos, Señor, padre amante de Francisco, no os resistais mas; basta ya de pruebas; habeis visto en un pequeño corazon toda la grandeza del amor; consoladle y restituídle la alegría y la paz.

Y á vosotros, señores, ¿cómo podré ponderaros la excelencia de esta caridad, hallaré voces, hallaré términos, hallaré expresiones para celebrar este hecho? Yo sé que el Apóstol queriendo mostrar el fondo de su caridad, desafiaba á todas las criaturas juntas á que no le apartarian de ella: ¿Quién será capaz, decia, de apartarme del amor á mi Dios? la tribulacion, la angustia, la desnudez, la espada, la vida, la muerte? Pero se